

TEATRO

Aciertos de un texto difícil

LOS SUEÑOS DE LA PRIMA AURELIA

Autor: Federico García Lorca. / Dirección y espacio escénico: Miguel Cubero. / Dramaturgia: Cubero y García Galiano. / Iluminación: César Linares. / Reparto: Ascen López, Ione Irazábal, Melida Moina, Cristina Bernal, Rosa Manteiga, Daniel Moreno, Roberto Mori, Elena Olivieri, Chema Ruiz, Teresa García. Calificación: ★★★

JAVIER VILLÁN / Madrid

Es una propuesta arriesgada, pues a las naturales dificultades del Lorca de vanguardia y desafío formal se añade la inconclusión de un texto cuya evolución segó brutalmente el fusilamiento. Sorprende por lo tanto que sea la primera obra que dirige Miguel Cubero, pues en ella demuestra una fresca e imperfecta madurez sin complejos. *Los sueños de mi prima Aurelia* –unida a *Dragón y posada*– se presenta como «bocetos escénicos en torno al teatro inconcluso de Federico García Lorca».

Esos bocetos están bien acabados y tienen la virtud de ciertas inconclusiones, algunas dudas de difícil resolución, que añaden encanto a posibles imperfecciones. Esa imperfecta frescura está dentro del espíritu de la obra y está acaso en las condiciones de trabajo en que se ha desarrollado esta labor en forma de taller y de improvisaciones muy fundamentadas. Como nexos de unión de este trabajo hay canciones populares, músicas de Amancio Prada y una recurrencia a un romance lorquiano, «*arbolé, arbolé seco y verdé*». Y un martinete que, entre el público, canta con hondo sentimiento flamenco el propio director Miguel Cubero.

De fondo, un Lorca niño, avance de lo que sería el Lorca maduro, como eje de un texto a medio hacer. Es un gozo contemplar la multiplicidad de personajes en que se desdobra un elenco que va mucho más allá del entusiasmo, para desembocar en indudable calidad: desde la pianista hasta el muchacho que era García Lorca en 1910. Y es un gozo la lírica funcionalidad de un espacio escénico en el que se mueven sombras chinescas, transparencias, vídeos en una verdadera fiesta plástica. Y de vez en cuando, como referencia inexcusable, la casa de la familia Lorca, la Huerta de San Vicente testigo de sus glorias y su tragedia.

A Lorca en 1936, pese a lo cumplido de su obra y a textos verdaderamente cumbres, le quedaba mucho por hacer antes de que se lo llevara por delante el vendaval fascista. Su muerte lo cogió cuando trabajaba en *Los sueños de mi prima Aurelia* y otros proyectos, sugerentes sueños entre realidad y ficción, entre lectura y teatro, textos abiertos a todas las ambiciones de vanguardia y ruptura.

En ocasiones, hay evidentes ecos de *El público*, sobre todo en la intervención del director que borda con precisión Roberto Mori. El teatro es vida y fuera de él y la lectura no hay vida verdadera; escena y libros son los que conforman nuestra realidad. García Lorca dejó no sólo unos textos inconclusos; le arrebataron una vida inconclusa llena de proyectos y pasión.